

La otra cultura

Juan Diego Vélez Caicedo

La mayoría de las revistas culturales en nuestro medio, por no decir todas, se ocupan de temas generalmente literarios o artísticos y de vez en cuando se permite en ellas algún ensayo sobre economía, filosofía o historia. Lo más común es encontrar noticias del mundo de la literatura, entrevistas y reportajes, así como crítica de arte. Basta con hojear las revistas culturales más importantes del país para convencerse de que este es el caso. Uno puede encontrar, por ejemplo, un artículo en el que Juan Manuel Roca o Efraín Medina nos cuentan “los secretos sobre su oficio”, un artículo sobre Ferreira Gullar, “el último gran poeta brasileño” o un artículo sobre el crecimiento económico de China en la última década. El espectro de temas publicados excluye por regla general a las ciencias naturales, que no hacen parte de lo que es considerado “cultura”. Las actividades culturales se limitan generalmente a los festivales de novela o poesía, a los festivales de cine, las exposiciones de arte y a ciclos de conferencias que usualmente giran alrededor de estos mismo temas.

Se considera un intelectual generalmente a un literato o a un humanista, típicamente con una formación en ciencias sociales y políticas o en filosofía, para quien las ciencias exactas y naturales nunca han sido parte de sus preocupaciones intelectuales o académicas. Curiosamente, esta ignorancia no es sentida como una carencia; por el contrario, es con frecuencia

motivo de orgullo. Mientras que las artes y la filosofía son valoradas como actividades supremas del intelecto humano, a la ciencia se le reconoce valor pragmático, y a sus practicantes se los considera poseedores de un conocimiento especializado y técnico, personas dedicadas a una labor que se asemeja más a la de un experto que a la de un verdadero pensador. Aquellas virtudes que se admiran en las obras de los grandes escritores o filósofos, como la creatividad, el virtuosismo, la originalidad o la profundidad, no son reconocidas en igual medida en las obras de los grandes científicos, a pesar de que sus ideas posean una belleza capaz de suscitar tanto placer estético como las artes más refinadas.

Existe, sin embargo, una explicación natural para este fenómeno, y reside fundamentalmente en el grado de dificultad que implica la comprensión de las ciencias exactas debido al hecho de que sus principios están enunciados en un lenguaje matemático. La mayoría de la población culta es capaz de disfrutar una buena novela, apreciar una obra de arte o una composición musical, pero por regla general es incapaz de comprender una idea que se presente en términos matemáticos, por sencilla que esta sea, lo cual se puede constatar fácilmente. Basta con preguntar en cualquier reunión qué significa que una determinada característica humana, por ejemplo, la estatura o la inteligencia, presente una distribución estadística “normal”. Com-

prender este significado implica, por un lado, ser capaz de realizar una abstracción en la que la probabilidad es interpretada como el área bajo “la curva de campana de Gauss”, y por otro, la comprensión del concepto de “probabilidad”.

A diferencia de lo que ocurre en las ciencias sociales, las ciencias exactas requieren las matemáticas, sin lo cual resulta imposible la comprensión de los fenómenos del mundo físico. No es posible explicar en palabras por qué los planetas describen trayectorias elípticas alrededor del sol, o el comportamiento de la materia a escala atómica, mientras sí es posible explicar en palabras la filosofía de Kant, el materialismo dialéctico o el psicoanálisis de Freud. Esta dificultad, inherente a las matemáticas, es la responsable en mi opinión, de que la cultura “científica”, al menos en lo que concierne a las ciencias exactas, no haga parte del bagaje cultural de la gran mayoría de las personas que llamamos intelectuales. No obstante, es mucho más sorprendente, aunque también explicable, que otras

ciencias, como la biología y la psicología, por ejemplo, para las cuales no existe este obstáculo, tampoco hagan parte del patrimonio cultural de los humanistas.

Para comprender este fenómeno tenemos que recordar en primer lugar que muchos de los fundadores de las ciencias sociales, como Smith, Bentham, Locke, Hobbes, Durkheim o Franz Boas, siempre consideraron que las ciencias naturales poco a o casi nada tenían que aportar a las ciencias sociales. Como la mayoría de los humanistas, ellos mismos poseían un conocimiento bastante precario de las ciencias exactas y naturales. En segundo lugar, tenemos que considerar que todo intento de estudiar al hombre de la misma manera como se estudia cualquier otro ser del mundo vivo o de pretender que las ciencias sociales se ajusten a las demandas de rigor y respeto por la evidencia empírica, como ha sido la tradición en las ciencias exactas, ha sido recibido por los humanistas con menosprecio e indiferencia, en el mejor de los casos, y con hostilidad en el peor. Para mencionar solo un ejemplo, el filósofo y sociólogo alemán, Jürgens Habermas, se refiere así a las repercusiones sociales de las ciencias naturales:

Los conocimientos de la física atómica no entrañan consecuencia alguna para la interpretación de nuestro mundo vital. [...] Los poemas surgen al contemplar Hiroshima y no al elaborar hipótesis sobre la transformación de masa en energía.

Estas opiniones revelan una ignorancia suma y son una muestra clara de las severas limitaciones del pensamiento a las que conduce una formación exclusivamente humanística. Los filósofos y humanistas han desarrollado tradicionalmente sus ideas sin valerse de otro recurso distinto al lenguaje ordinario. Pero el lenguaje ordinario es una herramienta muy burda y peligrosa cuando se quiere razonar con precisión y lleva con facilidad a errores. El peligro principal reside en su ambigüedad. Es fácil construir teorías por medio de palabras, y con aparente rigor, pero infortunadamente esto no basta para obtener explicaciones adecuadas del mundo. Si la evidencia empírica no concuerda



con la teoría, esta debe desecharse, como indica un principio fundamental de las ciencias naturales, pero en las humanidades, lo que se construye con palabras, y no se ajusta a la evidencia, se acostumbra enmendar también con palabras, lo que en mi opinión, ha traído consecuencias desastrosas. La más grave de todas posiblemente sea la imposibilidad de falsación de cualquier teoría así construida. Esto conduce a que la validez de una teoría se convierta para unos en cuestión de autoridad, lo cual explica por qué hay freudianos, marxistas, lacanianos, etc. (pero no einstenianos o feynmanianos) y para otros, en una cuestión de lenguaje e interpretación, lo que ha propiciado la aparición de uno de los escenarios más estériles en la historia reciente del pensamiento occidental, dominado por un relativismo generalizado y radical. Para los gurúes de esta nueva filosofía, la veracidad o falsedad de una proposición depende solamente del contexto social y de la interpretación que cada individuo haga de ella. De esta forma desaparecen automáticamente los universales de racionalidad, y lo que llamamos teorías del mundo se convierten en simples narrativas o meta-narrativas. En otras palabras, toda teoría es solo un constructo social, cuestión de opinión, un punto de vista condicionado por la educación o por el poder político.

Pero al margen de este estado patético de cosas se ha venido gestando una verdadera revolución en las ciencias sociales, comparable a la revolución renacentista en las ciencias exactas, a medida que algunas disciplinas de la biología y de las llamadas ciencias cognitivas han invadido un territorio hasta entonces considerado exclusivo de los humanistas. Este proceso no es la primera vez que ocurre en la historia de la cultura. La filosofía natural fue reemplazada por la física y la alquimia por la química, después de la aparición del método científico en el Renacimiento. Hoy las ciencias cognitivas, la neurología, la psicología y la genética han permitido la construcción de un cuerpo teórico coherente que hace posible demostrar la hipótesis sacrílega, para muchos, de que nuestra

fisiología, es el resultado del mismo proceso darwiniano de selección natural que dio origen a toda forma de vida, y por consiguiente no es más que otro punto del espectro continuo en el desarrollo evolutivo del sistema nervioso central. Así mismo, lo que tradicionalmente se ha considerado exclusivo de los humanos, como la inteligencia, la creatividad y la conciencia, se ve hoy como parte de ese continuo biológico.

Esta perspectiva permite construir una teoría rigurosa de la manera como la información codificada en nuestra herencia genética riga las actividades humanas, determina patrones universales de comportamiento, éticos y morales, y da cuenta así mismo de las múltiples expresiones culturales, artísticas y religiosas. Este proceso unificador sin duda hará imperioso para los humanistas el conocimiento de las ciencias naturales ¡El desprecio por *la otra cultura* es, justo hoy, en el momento intelectual más grande de la historia, imperdonable!

